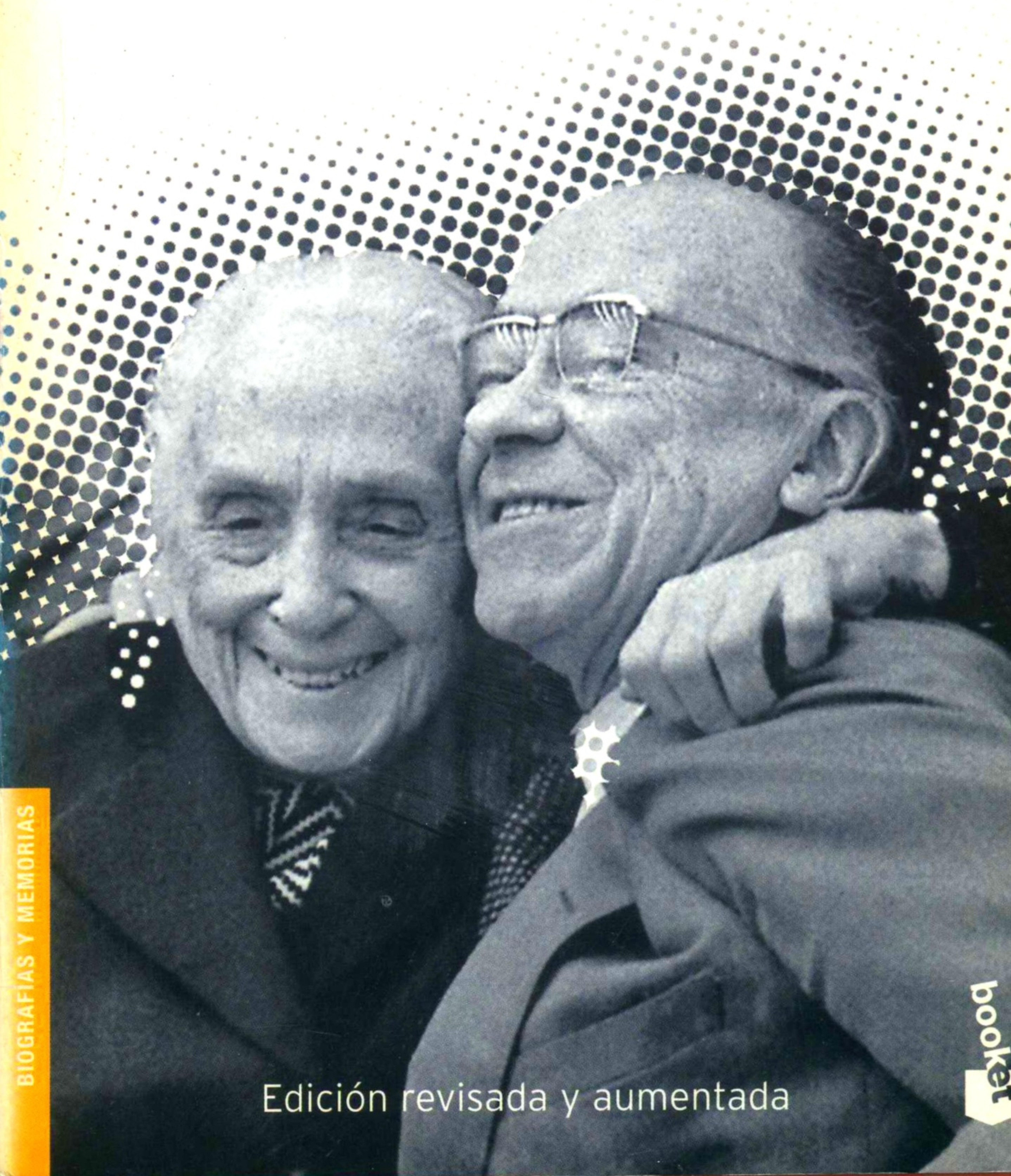


**SANTIAGO CARRILLO**

# MEMORIAS

El testimonio polémico de un protagonista  
relevante de nuestra transición



BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

Edición revisada y aumentada

booker

A fines del 73, comienzos del 74, conocí en París al abogado García Trevijano del que yo sabía su firme actitud de opositor al régimen franquista y sus intervenciones en los apasionados debates del Colegio de Abogados de Madrid. Era uno de los juristas más aborrecidos por sus colegas afiliados al Movimiento. Me dio la impresión, confirmada luego, de ser un hombre serio y decidido. No estaba en ninguno de los grupos que entonces comenzaban a dar señales de vida, pero sus relaciones eran amplias y evidente su vocación política. Me planteó que algunos empresarios pensaban que había llegado el momento de realizar un gran pacto social, con nuestra participación, para hacer frente a las contingencias que se aproximaban en España. Yo vi en esta sugestión la posibilidad de iniciar una acción política unitaria. Se produjo una mutua comprensión. De hilo en ovillo fuimos diseñando la idea de un frente antifranquista de fuerzas político-sociales, lo que cuajaría luego con el nombre de Junta Democrática de España, acudiendo a un término —el de junta— tan tradicional en la historia de las luchas políticas nacionales.

Trevijano se hospedaba en el hotel Lotti de París, donde residía también su amigo Rafael Calvo Serer, que se interesó desde el principio por el plan y participó en su elaboración. Al conocernos Rafael y yo discutimos bastante sobre las estructuras del Opus Dei y las del PCE, entre las que él creía ver mucha semejanza mientras yo no alcanzaba a ver ninguna. Calvo Serer, que tenía la aureola de haber sido un ideólogo del sistema, antes de romper con él, y a quien rodeaba el misterio y la leyenda opusdeísta, me pareció desde el principio un hombre muy ingenuo, poco ducho en las lides políticas, sincero, pero con menos fondo del que dejaba imaginar su renombre. Trevijano ejercía una clara influencia sobre él; actuaba como abogado suyo en la reclamación judicial presentada por los trabajadores del diario *Madrid*.

García Trevijano comenzó a tomar contacto con diversas personalidades políticas, lo mismo que hicieron mis camaradas en el interior. Al poco tiempo comenzamos a reunirnos en el hotel Lotti una cierta cantidad de personas que fue ampliándose, reunión tras reunión: Paz Andrade, galleguista; Andreu Abelló, ca-



A finales de los años sesenta Marcos Ana me presentó a Teodulfo Lagunero; era entonces un hombre de negocios que salía frecuentemente de España para respirar el aire de la libertad. Venía de una familia de honda raíz republicana y comunista. (En la foto, de izquierda a derecha, R. Garaudy, el autor, J. Ballesteros, F. Claudín y T. Lagunero, a principios de 1977.)



García Trevijano, del que yo sabía su firme actitud de opositor al régimen franquista y sus intervenciones en los apasionados debates del Colegio de Abogados. (En la foto, con el autor y D. Ibárruri, 1975.)

bajado con indudable éxito si se tienen en cuenta las dificultades de entonces. Hablamos de la situación en España y del cambio producido en el PSOE por la llegada a la dirección del nuevo equipo propiciado por vascos y andaluces. En ese momento Múgica era el primer socialista español tratado por mí que no dudaba en declararse socialdemócrata y en hacer alarde de su relación especial con los alemanes, frente a mis comentarios irónicos sobre su evolución.

Lo más interesante de la conversación fue su explicación de cómo habían conseguido derrotar al equipo de Llopis, es decir, cómo habían logrado desplazarlos de la ejecutiva, puesto que políticamente le habían derrotado ya desde el momento en que las únicas fuerzas del veterano líder eran los residuos del PSOE emigrados, mientras sus oponentes controlaban a los socialistas que actuaban en el interior.

Pero arrebatarse a Llopis el «aparato» de las manos había requerido una curiosa triquiñuela. Resulta que la UGT del interior recibía ayuda financiera de la CIOSL. Con esta ayuda la dirección del PSOE en el interior pagaba cuotas a la ejecutiva de Toulouse por un número superior de afiliados al que realmente existía. Toulouse no tenía modo de verificarlo pues las reglas burocráticas de la cotización no incluían informar del nombre de los cotizantes, que eran clandestinos. Y Llopis, que quizá en un momento se felicitará del aumento de los ingresos del interior, descubrió en Suresnes que se había quedado en minoría; los cotizantes que le apoyaban desde la emigración eran formalmente menos que los que apoyaban desde el interior al nuevo equipo encabezado por Felipe González.

No cabe duda que esta trampa evitó polémicas, a la hora del cambio, sobre la legitimidad representativa del PSOE, entre unos y otros, que de todas maneras hubieran originado dificultades políticas al partido.

Múgica me contaba el hecho con toda naturalidad, sabiendo que yo simpatizaba más con el nuevo equipo que con Llopis, visceralmente anticomunista.

En el verano de 1974, coincidiendo con la primera hospitalización de Franco, la Junta Democrática hizo su presentación en un hotel parisino, ante la prensa internacional. Fue un importante aldabonazo político la noticia de su constitución y el hecho de que Rafael Calvo Serer y yo fuéramos los presentadores. Mi calidad de dirigente comunista era ampliamente conocida, así como la significación de derechas de Calvo Serer.

La prensa franquista lanzó una tremenda campaña de insultos contra ambos presentadores. No tenían ya argumentos políticos serios y la creación de la junta les hería en lo vivo.

En Madrid García Trevijano, acompañado de otras personalidades políticas, había hecho también la presentación de la junta ante la prensa, confirmando el contenido de la rueda de París. A raíz de la presentación las Juntas Democráticas comenzaron a desarrollarse por toda España, convirtiéndose rápidamente en un movimiento real. En París hicimos varias reuniones a las que acudieron representantes de casi todas las provincias.

Su existencia pública daba a la junta la posibilidad de una efectiva labor de política internacional.

En el verano de 1974 volví otra vez a Portugal.

Mario Soares me había invitado a acudir al I Congreso del Partido Socialista portugués en la libertad. Mi relación con Soares se había iniciado cuando ambos aún estábamos exiliados en París. Se incrementó después de la revolución de los claveles, cuando se produjo el enfrentamiento entre socialistas y comunistas portugueses. Estos últimos estaban convencidos de que Portugal vivía una revolución socialista clásica.<sup>1</sup> Al llegar a Lisboa Cunhal había hablado desde un tanque, como Lenin en la estación de Finlandia. Los militares de izquierda que controlaban el Gobierno, tras el fracaso del golpe de estado de Spínola, favorecían una seria influencia del Partido Comunista. Estoy convencido de que en ese período hubo una política sectaria hacia el Partido Socialista, que en un momento se consideró casi al borde de la ilegalidad.

Soares había intentado que yo hiciese una mediación que recompusiera las relaciones entre el PS y el PC portugueses. En ese

la España democrática –y un sincero amigo personal–, había recibido el encargo del presidente mexicano, Luis Echeverría, de actuar como su representante oficioso cerca de la junta. Él organizó el viaje a México.

El presidente Echeverría nos recibió calurosamente. Durante la semana que pasamos allí estuvimos reunidos frecuentemente con él en la residencia presidencial, y una de las veces coincidimos allí también con el presidente rumano Ceaușescu, que visitaba oficialmente el país. La disposición de Echeverría para ayudar a la junta era total, sin hacer misterio de un antifranquismo que el Gobierno mexicano había mantenido firmemente desde los tiempos de la guerra civil. El único problema que podía crear nuestra visita era con el Gobierno republicano en exilio, que ya no representaba nada, pero mantenía una embajada abierta en el distrito federal.

En esos días mantuvimos también frecuentes e interesantes conversaciones con el señor Reyes Eroles, presidente entonces del PRI. Era un político sumamente inteligente que seguía con vigilante atención los cambios producidos en la sociedad mexicana y que trataba de reformar, democratizándolo, el sistema de Gobierno y el papel del PRI. Me sorprendió en esa visita la profundidad del pensamiento progresista de muchos dirigentes del PRI sobre todo en el enfoque de los problemas mundiales. El poso dejado por la revolución mexicana, que había sido algo auténticamente popular, era más fuerte de lo que yo pensaba.

Tuve también contactos con mis amigos de la emigración republicana residentes allí, particularmente con el profesor Wenceslao Roces y con Paco Largo, miembros ambos del Comité Central del PCE. Estaban tan ilusionados como yo con el cambio que se perfilaba en España, tras tantos años de espera.

El PRI nos dio un donativo de cuatrocientos mil dólares. Una mínima parte se gastó en el exterior. Casi todo fue entregado a las juntas en el interior. La distribución de estos fondos produjo alguna discusión. Rafael Calvo Serer era partidario de crear una editorial en el exterior para apoyar la acción antifranquista. Teodulfo Lagunero y yo insistimos en que ese dinero fuera a España, criterio que finalmente prevaleció.

García Trevijano había logrado establecer una relación con la Comisión de la Comunidad Europea, a través del señor Cheysson, representante francés –ministro de Exteriores años después con François Mitterrand–. Tal relación nos fue de gran utilidad pues tanto Cheysson como el socialista italiano Spinelli –y posteriormente otros miembros de la Comisión y del Consejo de Europa– eran sinceros defensores de la presencia de una España democrática en el Mercado Común. La primera entrevista con Cheysson y Spinelli fue muy discreta, casi clandestina, pero sirvió para establecer todo un plan que culminó en la recepción de la junta por la Comisión y el Parlamento europeos a primeros de marzo de 1975, en Estrasburgo. Oficialmente estuvieron presentes en la entrevista el profesor Tierno Galván y don Alfonso de Cossío. La junta fue recibida también por el señor Spenale, a la sazón presidente del Parlamento. Por vez primera las autoridades de la Comunidad Europea realizaban un acto claro de reconocimiento de la oposición democrática española, que sentó muy mal a la prensa franquista. Comentando el acontecimiento *ABC* publicó una nota de la redacción en la que se decía: «No es patriótico, no es ético siquiera jugar a acciones políticas en el extranjero sin representación legítima española.» Un señor R. Manzano, en el *Noticiero Universal*, comparaba el hecho con las «intromisiones» de la CIA en Chile y Chipre y añadía: «Lo mismo que existe en el mundo el peligro de las empresas multinacionales, existe también el riesgo de unas ideologías internacionales, que apoyan a sus comulgantes, no sólo con el peso de sus partidos, sino con la influencia que sus miembros logran dentro de fuertes organizaciones, capaces de presionar sobre ajenas estructuras soberanas.»

El acontecimiento era tan importante que la supercontrolada prensa española tuvo que dar cuenta de él a sus lectores. La Junta Democrática se apuntaba un tanto importantísimo.

De la visita a la Comunidad Europea se derivó un documento de la junta que se llamó la *Declaración de Estrasburgo*, y que Tierno y Cossío presentaron a la prensa internacional.

A aquella reunión de la junta asistieron numerosos hombres políticos venidos del interior del país, asumiendo algunos ries-

gos. Además de los dos mencionados estaban allí Raúl Morodo, García Agudín, Valentín Paz Andrade, García Trevijano y todos los miembros de la junta. En ésta se produjo entonces un debate en el que por primera y última vez, Tierno y yo cambiamos propósitos algo agrios. Se trataba de hacer en Madrid una rueda de prensa para presentar la misma declaración. Yo proponía que la encabezara abiertamente Tierno Galván, por su personalidad bien conocida. El viejo profesor no estaba de acuerdo; opinaba que eso podía provocar su encarcelamiento. Yo no entendía que esta posibilidad pudiera inquietarle y se lo dije. En ese momento le tenía una envidia enorme; hubiera dado cualquier cosa por estar en su situación. «Si lo haces –le decía– te conviertes en el líder de la oposición y levantas a tu partido como el representante más autorizado del socialismo español. Si llegan a detenerte no podrán mantenerte en la cárcel más que un mes o dos. Después de Estrasburgo toda Europa te apoyará.» Pero el profesor seguía negándose diciendo que un encarcelamiento perjudicaría su «prestigio social».

Yo atribuía a la rueda de prensa en Madrid el valor de plantar cara más directamente a la dictadura y de sacar a la junta de cierta nebulosa que todavía le rodeaba, concretándola en personas de carne y hueso. Consideraba que ello aceleraría los acontecimientos. Recordaba lo que había significado el encarcelamiento de Alcalá Zamora, Maura y otros miembros del Comité Republicano en 1930 para remover todo el país.

Me parece que mi insistencia molestaba al «viejo profesor», pero aún hoy estoy convencido de que si me hubiera hecho caso su papel en la transición habría sido mucho mayor de lo que fue.

Los esfuerzos para atraer a la junta al PSOE y la Democracia Cristiana fallaron. La Democracia Cristiana y la Socialdemocracia alemanas presionaban seriamente a sus correligionarios españoles para que mantuvieran marginados a los comunistas. Círculos norteamericanos y alemanes, principalmente, temían que la península Ibérica basculara hacia el comunismo. He oído explicar a Mario Soares que por aquellas fechas Kissinger, hablando

con él, había dado por perdido a Portugal y hasta le había ofrecido un exilio dorado como profesor en una universidad americana. Conociendo la hegemonía que el PCE había tenido en la resistencia antifranquista, norteamericanos y alemanes temían que esa hegemonía se prolongase con las libertades democráticas en España. Por consiguiente utilizaron todos sus medios de presión para bloquear y frenar al PCE, ayudando directamente al PSOE. Tengo una anécdota que muestra hasta dónde llegó tal política.

Cuando a propuesta de AP se planteó en el Congreso de los Diputados la investigación sobre el asunto «Flick», formé parte de la Comisión Parlamentaria que llevó el asunto. Se trataba de una denuncia según la cual la Corporación Flick había financiado ilegalmente al PSOE. El dueño de esa corporación, *herr* Flick, había sido condenado a prisión como criminal de guerra en Nuremberg. De la investigación se puso en claro que a las donaciones de la Fundación Ebert a entidades estrechamente relacionadas con el PSOE había contribuido con algo más de dos millones de marcos la empresa del criminal de guerra nazi. En la Comisión del Congreso tuvo que comparecer el representante de Flick, que se llamaba Von Brauchitsch. En su interrogatorio intervine con la siguiente pregunta:

«Tengo entendido que el señor Flick fue condenado por el Tribunal de Nuremberg, como criminal de guerra nazi. Y creo que usted es hijo del general que fue jefe del Estado Mayor de Hitler. Me supongo que ideológicamente no existe afinidad alguna entre ustedes y el PSOE. Entonces ¿cómo se explica que ustedes financiaran al PSOE?»

El señor Von Brauchitsch no vaciló en su respuesta:

«Tratábamos de cerrar el paso al comunismo. Y el partido mejor situado para hacerlo era el PSOE.»

El caso es que PSOE y Democracia Cristiana en vez de pronunciarse por la junta decidieron crear otro organismo, la Plataforma Democrática, que competía con nosotros e incluso se permitía a veces situarse formalmente a nuestra «izquierda». Algún grupo de lo que entonces era «ultraizquierda» se integró en la Plataforma.

Pero el intento, por lo menos en parte, fracasó. Se esperaba

Es verdad que los comunistas habíamos venido preparando al partido para esta situación desde hacía años, con planteamientos como los hechos en *Nuevos enfoques a problemas de hoy*. Pero en las últimas fases había que pasar del planteamiento político teórico a la práctica y era necesario apurar, milimetrar las concesiones, para encontrar un engarce con los posibles aliados –hasta ayer enemigos– a fin de desencadenar el cambio.

Debo decir que esta estrategia de aislar a los «ultras», de atraer a los «reformistas» a posiciones democráticas y hacerles enfrentarse con aquéllos fue casi una obsesión en mí durante los primeros años de la transición. Nunca subestimé las posibilidades de los «ultras» que todavía en 1981 estuvieron a punto de darnos un disgusto morrocotudo, que quedó en un gran susto, con graves consecuencias para el PCE.

El partido más sólido y disciplinado, para asumir las concesiones entonces indispensables, era el nuestro. Posteriormente algunos de mis correligionarios han criticado mi moderación en ese período. El PSOE se permitió la alegría de intentar superarnos por la izquierda; pero en definitiva tuvo que moderarse también.

Yo trataba de representarme igualmente los problemas que a los «reformistas» del régimen creaba la ruptura y enfrentamiento con los «ultras» que hasta ese momento habían sido sus compañeros. Nuestras concesiones nos costaban un esfuerzo. Pero ¿qué no le costaría a Adolfo Suárez, que había sido secretario general del Movimiento, liquidar éste? Recuerdo una anécdota sucedida, a poco de elegirse la Constituyente, en la primera fiesta de la Bandera que remplazó al llamado desfile de la Victoria. Se celebraba en el patio de la Armería de Palacio. Al llegar a la hora en punto, después de dejar el coche, había que recorrer a pie sobre una alfombra unas decenas de metros guiado por un coronel que te llevaba hasta la tribuna de las autoridades. Bajo los soporales había una gran cantidad de invitados que a mi paso alteraban la ceremonia llamándome a voces «rojo» y «asesino». Al tiempo fuera de Palacio estaba concentrada Falange y sus gritos de «¡Franco, Franco!» resonaban en la explanada del patio de la Armería. Fue una entrada espectacular. Al subir a la tribuna me saludó muy afectuoso el general Gabeiras, condenando la escan-

dalosa actitud de aquellos gamberros y gamberras entrados en años que me habían abucheado. Vino hacia mí Suárez y me dijo: «Lo siento mucho, pero no te preocupes, a mí me ha pasado lo mismo, sólo que mientras a ti te decían *rojo* y *asesino* a mí me han gritado “traidor”. En cambio a Felipe no le han dicho nada.»

Aunque aquello no me sirviera de consuelo sí me ayudó a comprender los problemas de los «reformistas» y cuando en las Cortes algún diputado socialista, al que la resistencia no había costado ningún sacrificio notable, se obstinaba en echarles en cara su pasado «franquista» me irritaba tanta estolidez. Con ese tipo de ataques lo único que podíamos conseguir es que se arrepintieran de estar enterrando con nosotros la dictadura y volvieran de nuevo con los «ultras». También los jóvenes «reformistas» necesitaron tener coraje para hacer lo que hicieron; siempre lo reconocí y a veces valoré mucho más su papel que el de ciertas gentes que se habían reconocido un ideal de izquierda cuando les ofrecieron un puesto en las candidaturas.

¿Estaban justificadas nuestras concesiones? ¿Valía la pena hacerlas para reunir la fuerza suficiente a la instauración de las libertades democráticas? Para mí no había duda entonces, ni la siento hoy y volvería a hacer lo que hice si me encontrara en situación semejante.

En aquel período de clandestinidad mantuve varias entrevistas con Felipe González. En general coincidíamos en el enfoque de la situación y él veía, como yo, la necesidad de que la oposición presentase un frente unido. En vez de preguntarle por qué entonces habían creado la plataforma en contraste con la junta, lo que no hubiera llevado a ninguna conclusión positiva, pese a su pertinencia, lo que yo le hacía eran propuestas para unir ambos organismos.

Y efectivamente en marzo se creó la Coordinación Democrática que englobaba a ambas, y que resultó ser un paso muy importante para negociar y apresurar el cambio político.

¿Cómo veía yo entonces a Felipe González? Como un hombre inteligente, con dotes políticas, sin ninguna formación marxista,

lo que por otra parte me suponía que le importaba un bledo. Hablando con él recordaba a tantos antifranquistas a quienes la lucha por la democracia había supuesto un tremendo coste personal: pensaba que a Felipe, por pertenecer a una generación joven que había conocido al franquismo en sus postrimerías y por haber entrado en un partido al que rodeaba mayor tolerancia que a nosotros, la vida iba a librarle de cualquier costo personal serio. Y tendría los caminos mucho más abiertos que mi generación, como así ha sido. Aunque no manifestaba, en absoluto, el anticomunismo de algunos de sus mayores, yo le sospechaba imbuido de la idea de que su éxito debía consistir en reducir al máximo el papel del PCE. Pero esto no me sorprendía y no lo consideraba motivo para no entendernos. En aquellas fechas teníamos que entendernos con muchas gentes que al propiciar la democracia estaban, simultáneamente, en el compromiso de contener al comunismo.

Los acontecimientos posteriores han confirmado la talla de gran líder político de Felipe González, quien ha encabezado al PSOE ya en cuatro contiendas electorales, que le dieron el Gobierno. Simultáneamente González ha practicado una política liberal, ajena a la tradición socialista del PSOE, que ha producido en éste una diferenciación entre izquierda y derecha. Entiendo que toda la trayectoria política de Felipe González, su propia formación, le induce a devenir el líder del centro, más que el líder de la izquierda en este país.

Mi regreso a España, que iba a ser seguido muy pronto por el de Calvo Serer, modificaba el funcionamiento de la Junta Democrática. París dejaba de ser el lugar de nuestras reuniones más importantes, que pasaban a celebrarse en Madrid mismo. Esto hacía imposible ya mi participación directa. La policía vigilaba a los integrantes de la junta. En una ocasión un grupo de guerrilleros de Cristo Rey asaltó una de sus reuniones y agredió a sus componentes. En otro momento la policía encarceló a García Trevijano, Tamames y otros de sus componentes. Mis camaradas me remplazaron en esas reuniones y ya no volví a asistir a ninguna de ellas, ni siquiera a la fusión con la plataforma en Coordinación Democrática.

En París había quedado una representación de la junta que llevaba Pepín Vidal Beneyto, a caballo entre la capital francesa y Madrid. En ese momento actuaba también en la delegación José Luis de Vilallonga, que se había incorporado desde el principio como independiente. Era un escritor en lengua francesa, aunque nacido en España, de cuna aristocrática, muy conocido ya en el país galo por sus novelas y por su carrera de actor. Yo le había encontrado en una ocasión en que me había hecho una entrevista para *Playboy* y habíamos trabado una buena amistad, con él y con su esposa Silyane. Era un antifranquista que había combatido la dictadura en el exilio con su obra literaria. Casi niño, su padre le había enrolado en el Ejército del Caudillo; pero su experiencia personal le había llevado a abominar del franquismo, a enfriar —si no a romper— las relaciones con su familia y a acomodarse a una nueva vida que le iba muy bien. Prestó una colaboración activa y desinteresada a la junta, en un medio que dominaba perfectamente.

Los independientes —una parte muy importante de la Junta Democrática— aceptaron la fusión con la plataforma sabiendo que significaba una disminución de su papel; sólo Vidal Beneyto se opuso; Trevijano entró franca y honestamente en el proceso unitario. A poco de realizarse la fusión, el PSOE comenzó una ofensiva contra los independientes, que se personalizó particularmente en Trevijano. Se manipuló incluso un supuesto dossier para desautorizarle; entonces se hablaba de que el dossier estaba hecho por el Gobierno, pero quienes lo utilizaban eran los dirigentes socialistas. Como he dicho, yo no participaba en las reuniones donde se discutían estas cosas y la información me venía de segunda mano. Defendimos a los independientes cuanto pudimos, a condición de no romper con los socialistas. Mi impresión en aquel momento es que Trevijano, posiblemente asqueado por la historia guineana que le habían montado, no se defendió a sí mismo y optó por apartarse. Siempre he respetado y valorado su actividad de oposición, su seriedad y lealtad en las actividades de la junta, que sin él no hubiera llegado a crearse o lo hubiera sido más tarde y en otras condiciones.



## Santiago Carrillo


### Memorias

Santiago Carrillo, autor de estas *Memorias*, se considera superviviente de una generación combustible que «ha dejado en el camino, muertos en las trincheras, bajo los bombarderos o las represiones, a millones de sus componentes». Se trata del relato de una vida política larga y azarosa, bajo diversos regímenes políticos: final de la Monarquía Militar de Alfonso XIII, Segunda República, Guerra Civil, dictadura franquista y restauración de la Democracia. Durante ese largo período Santiago Carrillo ha sido un luchador activo, con responsabilidades importantes desde muy joven. Estas *Memorias* narran la trayectoria de una juventud que se hizo comunista en los años del peligro fascista, y que desde las filas del PCE mantuvo en alto la bandera de la resistencia antifascista. «Y cuando hago el balance de mi trayectoria —escribe el autor— lo hago convencido de haber mantenido en lo fundamental una coherencia clara», tanto cuando fue un heterodoxo en el PSOE como cuando lo fue en el Movimiento Comunista.

DIVULGACIÓN  
Biografías y Memorias

booket

[www.booket.com](http://www.booket.com)

 Planeta

P.V.P. G 733861



9 788408 076742